

Menéndez y Pelayo

¿Qué decir yo, pobre de mí, de Menéndez y Pelayo? Dieciseis tenía, cuando leí sus artículos sobre los Jesuitas españoles expulsados por Carlos III, en *La España Católica*; poco después sus polémicas con Perojo y Revilla, reivindicadoras de los servicios prestados por nuestra patria á la ciencia; luego asistí á sus asombrosas oposiciones á la cátedra de literatura, y la impresión recibida fué tan intensa, que ningún espectáculo ha dejado en mi memoria más vivo recuerdo, me parece que fué ayer, puedo contar las personas conocidas que allí vi, y los más menudos incidentes que ocurrieron; me pegué con un compañero de Universidad, en pleno claustro, porque decía que Menéndez y Pelayo no era más que un memori6n; á mi lado se sentaba todas las tardes en el paraninfo viejo, teatro de aquel triunfo, mi inolvidable amigo Miguel García Romero, el que compuso la primera biografía del maestro—*Apuntes para la biografía de don Marcelino Menéndez y Pelayo*—, de que se hicieron dos ediciones, la segunda en 1899; y no creo que haya pasado desde entonces ni un solo día en que yo no haya leído algo del polígrafo, ó no haya meditado sobre lo leído, ó no haya hablado de él.

Para mí, Menéndez y Pelayo ha sido la cumbre gigantesca á cuya falda, allá muy bajo, he vivido intelectualmente, siempre contemplando y admirando siempre la enhiesta cima azulada, cubierta de nubes. Todo lo encontraba yo en él; como poeta, la *Epístola á Horacio* y la traducción del *Epitalamio de Catulo*, los he leído millares de veces, y nunca dejaron de emocionarme; como prosista, veía en su prosa el *summum* de perfección de la castellana, y ni en los clásicos antiguos, ni en los modernos, he hallado nunca mayor deleite; ha sido para mí un sentimiento, un verdadero y muy hondo sentimiento, el experimentado, hace pocas semanas, leyendo en el prólogo de la nueva edición de los *Heterodoxos* que el maestro como que se reprendía de haber escrito tan gallardamente, y parecía menospreciar, como infatuación juvenil, indigna de su edad madura, lo más florido y hermoso de su estilo... Francamente, al leer esto, asaltóme un negro presentimiento, temí que ya iba á morir. El erudito y el crítico, finalmente, han ejercido, y ejercerán mientras yo viva, porque eso no muere, no ya una dictadura, sino un señorío tal sobre mis facultades intelectuales, que en vano quería yo darme alguna vez el íntimo placer de la rebeldía, y sostener para mí sólo alguna opinión contraria á la suya; al contacto de su saber y de su poderosa inteligencia, cuanto la mía levantaba, derrumbábase como un castillo de naipes al soplo del viento.

soplo del viento.

Y su persona, su vida y sus costumbres, me han interesado tanto, que muchas veces fui á buscar á sus íntimos, sólo para que me contaran *cosas de Menéndez y Pelayo*. Sus distracciones proverbiales, sus enojos tan rápidos como violentos, la cenobítica sencillez de su traje y habitación, su economía en cuanto no fuese comprar libros, las excentricidades interesantes á su categoría de genio, la infantilidad de su carácter, por la que este hombre extraordinario que desde los quince años fué un anciano por el saber y el entendimiento, ha muerto, á los cincuenta y seis, con alma y corazón de niño, todo lo referente á él, en suma, ha tenido para mí el encanto de la más poética leyenda, y me ha embelesado como un cuento de hadas. En Menéndez y Pelayo no vi yo nunca un contemporáneo, sino un varón inmortal de las edades remotas, algo como un tipo representativo de la sabiduría y del talento, y también de la bondad y de la rareza que al talento y al saber suelen ir unidos en este mundo.

Y á pesar de todo, ó, mejor dicho, por todo esto, yo no frecuenté nunca el trato de Menéndez y Pelayo. El me distinguió con una benevolencia singular, y de palabra, y por escrito, me alentó varias veces al disfrute de su compañía; pero á mi me daba miedo... Esta es la frase, me daba miedo. Le veía tan grande, tan alto, tan fuera de mi alcance, tan apartado de la órbita de mis medios, que comprendía yo perfectamente que entre él y yo no cabía verdadera amistad, la cual exige, á mi juicio, cierta manera de igualdad entre los amigos. Todavía, si hubiese sido yo tendero, ó médico, ó arquitecto... algo que no correspondiese á su esfera... Pero ¡literato como él!... ¡Guarda, Pablo! Admirarle profundamente, quererle de todo corazón... Mas lejos, lejos.

No por eso me libro de la pena que hoy causa su fallecimiento. El 19 de mayo de 1912 es ya una efemérides en la historia de la Literatura y en la historia de España, y será un aniversario

doloroso para cuantos hemos tenido la dicha de conocer al maestro. Y no hay que añadir que ahora empieza la posteridad para Menéndez y Pelayo; esa empezó para él desde que se dió á conocer á sus contemporáneos.

ANGEL SALCEDO.
